



Más que un adiós

Exequias del Presidente Allende

Texto: Carlos Monge. **Fotos:** Fabiola Asmad, Jorge Marín, Sergio Marras, Daniela Miller, Nivaldo F. Mosciatti e Inés Paulino

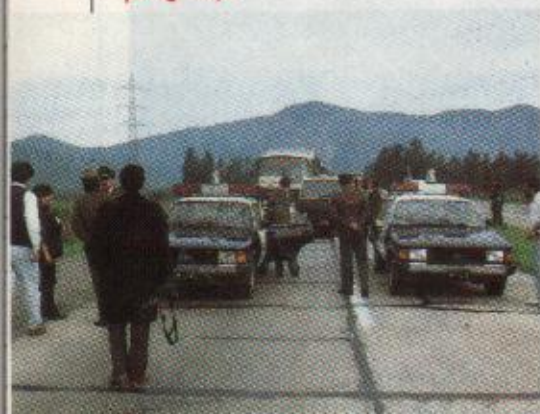
Fue un ajuste de cuentas con la historia. La demostración de que su cadáver estaba lleno de mundo, como diría Vallejo. Y de que hay muertos que se agigantan, desde su sepultura, para vivir en la memoria de su pueblo. O

ser, incluso, mucho más que eso: un nombre que se convierte en un símbolo. "Una antorcha de la conciencia universal", como dijera el Primer Ministro francés, Michel Rocard, que personificaba en sí mismo y ante los ojos de la humanidad el ejemplo insobornable de un demócrata que muere por sus principios e ideales. Eso era (es) Salvador Allende: "el

hombre que decidió morir con las armas en la mano sólo para defender el respeto del sufragio universal". Así de simple y de complicado a la vez. Porque cuando las pasiones del pasado reciente siguen dividiendo a los chilenos con la saña y el ofuscamiento que impide una mirada serena, todavía habrá quienes —como se ha escuchado decir a los "generales civiles" del golpe de Estado de 1973, en estos



Cementerio Santa Inés: "Fin de un largo peregrinaje"



Ruta 68: obstáculos al trabajo de la prensa



Mujeres, niños y jóvenes en el homenaje final



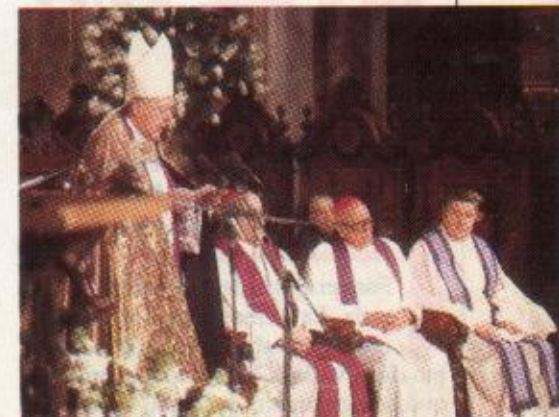
días-, querrán seguir viendo en su figura la del "principal responsable del derrumbe de la democracia". La del marxista y revolucionario irremediable que hizo temblar los cimientos del orden establecido de este país, cavándose su propia tumba con su audacia casi prometeica.

Eso era (es) Salvador Allende: el hombre que entró en la historia gracias a un gesto. Decir *no* cuando muchos otros hubieran dicho que sí, o que tal vez o que acaso. Y hubieran aceptado, resignados, el destino de un exilio que nunca es definitivo como la muerte. Eso era (es) Salvador Allende: el "cadáver inmortal" del que habló Neruda; "la semilla, no los restos", como aclaró su esposa, Hortensia Bussi, al pie de su sepultura. El ejemplo, el ejemplo imperecedero de ese cuerpo que empezó a rebelarse apenas salió de La Moneda en llamas, cubierto con un manto indígena, y que no aceptó ser condenado al olvido: la única muerte que en el fondo existe. Por eso, las palabras de Isabel Allende, su hija, resumieron el sentido de reparación de toda la larga ceremonia que seguiría, cuando a las 7:45 del martes 4 de septiembre recordó en el cementerio de Santa Inés, en Viña del Mar, el preludio de la hora de la justicia. "Hoy hemos llegado -dijo Isabel Allende, con voz quebrada por la emoción contenida durante tanto tiempo- al término de un doloroso peregrinaje".

Recordó en un momento de su breve discurso "estos inolvidables cerros que en 1927 lo acogieron como joven estudiante y luego custodiaron mudos su descanso". Y entonces fue inevitable rememorar la sombría y secreta inhumación que tuvo lugar en ese mismo cementerio diecisiete años antes, cuando a cajón cerrado y teniendo como único cortejo cinco Fiat 125, Salvador Allende fue enterrado ante la sola presencia de su viuda en la tumba de la familia Grove. La idea era borrar su memoria de la faz de la tierra. No lo consiguieron. Por el contrario, cada año eran más "las manos anónimas que permanentemente trajeron claveles a pesar de la represión y persecución de que eran objeto", como dijo Isabel Allende Bussi, en otro tramo de su discurso. "Hoy nos reunimos nuevamente -concluyó- con nuevas esperanzas en una sociedad más justa para despedir a aquel que encarnó nuevas esperanzas con dignidad y nobleza, y que



El ingreso a la Catedral del féretro



Arzobispo Oviedo: "La historia lo juzgará"



Cardenal Raúl Silva Henríquez



Los nietos de Allende rodean el ataúd

pagó con su vida la lealtad a los trabajadores".

Minutos antes, cinco obreros vestidos con ropas de trabajo y cascos celestes habían retirado con cuerdas el féretro de su tumba y lo habían puesto sobre una cureña, donde fue cubierto con una bandera chilena. Minutos antes también, Jorge Arrate, a nombre del PS, su partido, subrayó que "los socialistas de Chile queremos hacer de su herencia democrática, libertaria y justiciera, un motivo de futuro y no una herida que sangre interminablemente". Un centenar de personas siguieron los pormenores de esta ceremonia privada, en la que la familia del ex Presidente sólo estuvo representada por sus hijas Isabel y Carmen Paz y algunos de sus nietos; y el gobierno por los ministros Enrique Krauss y Enrique Correa. A las 8:03 de la mañana, el Peugeot 505 del Hogar de Cristo que servía de carroza cruzó los pórticos negros del cementerio viñamarino: se iniciaba así la ceremonia pública, el último adiós del pueblo a aquel que fuera el "compañero Presidente". Aquel que inicia su carrera política formal justamente en Valparaíso, cuando en 1937, a poco de ser elegido diputado por el Bloque de Izquierdas, precursor del Frente Popular, el joven médico fue elegido generalísimo de la campaña electoral de Pedro Aguirre Cerda en esa ciudad. Y luego, cuando el profesor radical accede a la Presidencia de la República, es designado ministro de Salubridad de su gobierno.

LA CALLE, LAS BANDERAS

La calle, las banderas, el pueblo humilde reunido a la vera de rutas y caminos, como en aquellas cuatro memorables campañas en las que su empeño por llegar a ser Presidente de Chile, no se doblegó ante las sucesivas derrotas. Por la calle Quillota el cortejo emprendió su marcha entre gritos de "¡Se siente, se siente, Allende está presente!", y las banderas multicolores al viento. Un lienzo desplegado en Aguasanta por pobladores agolpados a la orilla de la ruta 66 ("¡Adiós, compañero Presidente!"), saludó su despedida del puerto. De la ruta 66 a la 68, como en las giras del FRAP (Frente de Acción Popular), hechas más en base a empuje y entusiasmo que a medios: Lo Vásquez, Casablanca, Curacaví. Enclaves rurales en medio del valle central, abriendo cami-



Michel Racard, Danielle Mitterand y Laurent Fabius



Arco de flores en Avenida Santa María

Juanita Echeverría, madre de un ejecutado, y su postrer homenaje



Ministros Lagos y Correa



no hacia Santiago; mujeres mostrando afiches de viejas campañas y padres de la mano de sus hijos, hablándoles de un momento histórico. De pronto, impaciencia, bocinazos en la ruta, cuando dos furgones de Carabineros, apoyados por motoristas, retardan a propósito el a-

vance de la prensa en buses del gobierno o vehículos particulares, para distanciarlos de la carroza en que va el féretro. Se parlamenta con los oficiales a cargo del operativo, y en el túnel Lo Prado por fin el cortejo nuevamente se reúne.

A las 10:15, a la entrada del túnel, el ataúd —ubicado sobre el techo de la carroza— es cubierto por una urna de cristal. Veinte minutos más tarde, ya se lo divisa por la Alameda, en la entrada poniente de Santiago, donde miles de personas saludan su paso agitando estandartes partidarios, banderas patrias con pendones negros o simplemente pañuelos blancos. Alrededor de las 10:45, el cortejo arriba a la Plaza Bulnes, en el centro del barrio cívico de Santiago, aunque no se detiene en la puerta oriental de La Moneda, por la calle Morandé, tal como estaba previsto, para cubrir cierto atraso en el cronograma original de los actos y en prevención de posibles disturbios. Un fantasma que desvelaba a varios funcionarios de gobierno que no descartaban incidentes como aquellos que empañaron la asunción del mando de Patricio Aylwin el 11 de marzo pasado,



Clodomiro Almeyda

en ese mismo lugar: el sitio más apto para la acción de pequeños grupos de provocadores. Por suerte, nada sucede, y la comitiva fúnebre hace su entrada desde el sur a la Plaza de Armas, entre una lluvia de papel picado que cae desde los edificios céntricos. Frente a la Catedral,

se baja el féretro y se lo lleva hasta un carro móvil. El deán de la Catedral, Bernardo Herrera, saluda a las hijas de Allende y a los ministros Krauss y Correa. Luego, el administrador apostólico, Fidel Arana, efectúa la ceremonia de aspersión del féretro. "Recibe a tu hijo Salvador, que prestó grandes servicios a su nación", dice el religioso.

Silencio y solemnidad en el interior de la Catedral. Momento cumbre de emoción: al llegar el féretro al altar mayor, en la nave central del templo, donde lo esperan el arzobispo Carlos Oviedo y el cardenal Juan Francisco Fresno, Hortensia Bussi se acerca y deposita sobre él un ramo de violetas. En la primera fila, a la derecha: el Presidente Aylwin y su esposa, flanqueado por los presidentes del Senado y la Cámara de Diputados, Gabriel Valdés y José Antonio Viera Gallo. A la derecha, Michel Rocard, la Primera Dama francesa, Danielle Mitterrand, y Laurent Fabius, presidente de la Asamblea Nacional gala. Detrás: ministros, embajadores, parlamentarios e invitados especiales. Se abre la ceremonia con el canto coral del salmo 129 de las Sagradas Escrituras. Se lee el Evangelio según San Juan y comienza la liturgia con la bendición del recinto. Los fragmentos elegidos de las Escrituras hablan de resurrección. Habla luego monseñor Oviedo, quien en su homilía recuerda que no es ése el momento ni el lugar para juzgar la vida del ex mandatario ni su acción como gobernante y hombre público. "La historia se encargará de esa tarea con la serenidad que da la perspectiva del paso del tiempo...".

Recuerda que al asumir su cargo el Presidente Allende, en noviembre de 1970, acudió a ese mismo templo a un Te Deum en señal de su respeto a las tradiciones religiosas de los chilenos, y que es "justo y laudable" expresar también



Señor...". Finalizado el responso, el féretro es retirado del templo, mientras resuenan los sones luctuosos de "Hacia ti, morada santa". En el exterior de la Catedral, entretanto, donde una multitud ha seguido la ceremonia a través de altoparlantes, la actitud predominante es el recogimiento y un respetuoso silencio. Sólo se producen algunos incidentes, cuando las fuerzas policiales quitan a algunos jóvenes banderas chilenas que llevan pintadas consignas o la imagen de Allende, a los que presuntamente se acusará de "ultraje al emblema patrio". Esto provoca la reacción de parte del público, que replica gritándoles "asesinos".

EL ULTIMO "Hasta siempre, Presidente"

o "El pueblo unido jamás será vencido" rezan algunos de los carteles que enarbola la gente. El cortejo ahora continúa en dirección norte, por la calle Puente hacia el río Mapocho. Cien mil flores arrojan a su paso las pergoleras de San Francisco. Un grupo de jóvenes socialistas escolta el ataúd. Al llegar a la intersección de avenida La Paz y Santa María, un nuevo testimonio de adhesión de las floristas: un arco de claveles rojos y blancos. Y en la calzada dos palomas que anuncian: "y se abrirán las grandes alamedas", retomando palabras del mensaje final de Salvador Allende, momentos antes de que La

Moneda fuese bombardeada. "¡Se siente, se siente, Allende está presente!", ruge la multitud enardecida. "¿Quién lo mató? El fascismo. ¿Quién lo vengará? El pueblo. ¿Y cómo? Luchando, creando, poder popular...". Se pregunta y se responde a su vez con voz ronca la ma-



sá sudorosa que sigue al carro fúnebre en un mediodía de clima primaveral.

En la plazuela del cementerio, frente a la avenida La Paz, aguardando el ingreso del cortejo, Deli García, violinista de la Filarmónica que no podrá tocar la Sinfonía Heroica de Beethoven ni la Canción Nacional, porque en el escenario allí improvisado no cabe toda la orquesta, confiesa a APSI: "Tengo la sensación como si se hubiera detenido el tiempo. Increíble...", dice. "Me acuerdo que cuando murió o lo mataron, yo estaba en Valparaíso. Era una lola, y me encerré en mi cama, como negándome a creer la noticia. Y no alcanzamos a llorar ni nada". De familia completa allendista, recuerda que "no sabíamos hablar y decíamos Allende" y que "vivíamos en Refaca y todo el tiempo nos apedreaban la casa por tener un poster de él puesto en ese barrio pirulo...". A unos pasos de



ella, el ministro de Obras Públicas, Germán Correa dice que como socialista siente que "en este día se cierra una etapa de nuestra historia en que chilenos que antes estuvimos separados finalmente, en este gesto, sellan los acercamientos fundamentales que fuimos capaces de conseguir y que hicieron posible la democracia".

Como si lo oyera, en ese momento (son las 12:06) hace su ingreso al lugar el Presidente Aylwin, acompañado de su edecán naval, capitán de Fragata Marcelo Arcill, única presencia militar en un acto en el que, de acuerdo a la tradición protocolar, las fuerzas armadas debieron rendir honores como correspondía a



un ex Presidente. Paso que se obvió, dándole carácter "privado" a la ceremonia. En el estrado situado sobre el sector poniente de la plaza, se ubica el primer mandatario y su gabinete, portando muchos de ellos claveles rojos y blancos en sus manos. Allí está, además, la tribuna de madera cubierta de paño negro sobre la que habla Clodomiro Almeyda, fundador del PS como Allende, en representación de su partido. Almeyda destaca que este acto busca "reparar una injusticia" y que, a pesar de la campaña en su contra ("se buscó desfigurar su imagen"), no consiguieron hacer olvidar la figura de Salvador Allende, que encar-



naba valores de "democracia, pluralismo y libertad".

A continuación, tras un breve mensaje de Michel Rocard, a nombre de las delegaciones extranjeras, habló Hortensia Bussi, quien agradeció al gobierno su apoyo por la realización de los funerales. "Aquí está la herencia de un patriota que vivió y murió pensando en Chile y en ustedes", dijo dirigiéndose al público. Al tiempo que advirtió que el reencuentro entre los chilenos no será posible "mientras muchos de nuestros compatriotas sigan hacinados en fosas perdidas sin recibir cristiana sepultura". Era el turno, por último, del Presidente Patricio Aylwin, que inició sus palabras señalando que cumplía con un mandato de su conciencia como chileno y demócrata al asistir a "una ceremonia de reparación, de reencuentro y de paz". Reco-



Presencia de notables: Luis Guastavino, Vicente Sola y Mario Palestro





Mausoleo de la familia Allende: se hizo en 40 días

noció, a renglón seguido, la consecuencia de Allende que “desde su perspectiva socialista y revolucionaria, encarnó las aspiraciones de vastos sectores de nuestro pueblo que anhelaban cambios profundos y drásticos hacia una sociedad más justa”. Y desafió las silbatinas de la gente cuando recordó que fue adversario político de Allende, rechifla que sólo lo hizo apartarse un minuto del texto para reconvenirlos. “A aquellos que silban les digo que el único lenguaje en que podemos entendernos es el lenguaje de la verdad. Estoy aquí para dar testimonio de la verdad”, enfatizó.

Mientras tanto, en el interior del cementerio, por la calle O'Higgins al fondo, en lo que era la antigua “pileta de los patos”, una cuadrilla de obreros se afanaba dándole los últimos toques a un mausoleo que se construyó en tiempo record: cuarenta días. Y que hasta último momento no estaba listo, pues en la misma mañana del día 4, mientras instalaban la lápida de mármol, ésta se resba-

Almirante (R) Raúl Montero y Luis Matte Valdés, ex ministro de Vivienda





ló y se cayó, por lo que hubo que encarar una de apuro. De estructura hexagonal, construido en hormigón armado revestido de mármol traventino, el mau-

tas del camposanto a la romería popular final, efectivos del GOPE revisan por última vez la cripta, bajo custodia simbólica de un grupo de mujeres socialistas. Entre ellas (falda negra, camisa blanca, corbatín de cinta roja), una mujer de unos 60 años se distingue de las demás por el quepis que usa. Violeta Valenzuela, que así se llama, dice ser de Conchalí y militante del PS desde el año 40. "Me siento orgullosa de ser socialista -declara- porque mi compañero Allende nos dejó una lección muy linda: no traicionar al pueblo". Y aclara: "aquí me ve con el jockey, porque soy de las Milicias Socialistas desde los 10 años. Me distingo con él de mis compañeras y lo llevó muy dentro de mi corazón. No me importó mucho morir en las luchas y en las protestas, aunque fui bien castigada", dice acotando de paso que el palo de un carabiniere le costó 26 puntos y una fractura de cráneo.

"No me importaba morir por la causa por la que el compañero Allende dio su vida", añade con devoción. "Lo

único que le pedía a Dios antes de morir era darle sepultura. Ahora, no me importa morir hoy mismo", dice doña Violeta, a dos metros de un carabiniere

Monseñor Méndez Arco, obispo de Cuernavaca, y el sacerdote José Aldunate



soleo fue diseñado por Jorge Colvin, sobrino de la escultora Marta Colvin. Y los obreros que participaron en su construcción confiesan que en sus tiempos eran todos "upelientos". Se retiran y en el interín, previo al paso del reducido cortejo que acompañará a Allende a su última morada, antes de que se abran las puer-



que -como ella- resguarda la tumba del Presidente Allende, haciendo realidad, tal vez aquello de la reconciliación de la que hablan los discursos. Afuera, allá a lo lejos, los discursos terminan. Sopla el viento de la historia. Salvador Allende ya entró en la inmortalidad. Y entró para quedarse... •